

# Argentina 2008: del fuerte crecimiento al desarrollo sustentable

GERARDO TRESCA

Revista Cultura Económica  
Año XXVI • N° 72 • Agosto 2008: 27-41

A partir de la crisis de fines de 2001 y principios de 2002, en la que el país se encontró al borde de la disolución social, nuestro objetivo es intentar demostrar que las medidas aplicadas para despejar los escombros dejados por el sistema de la convertibilidad que había colapsado, medidas puntuales que pretendían responder a desafíos específicos, se fueron engarzando y complementando unas con otras hasta constituir un conjunto bastante armónico al que bien se le puede atribuir el nombre de “modelo”. Para esto, empezaremos por recordar el punto de partida para después destacar el crecimiento inesperado que ha acompañado a la Argentina desde el segundo semestre de 2002; mostraremos cómo el proceso permitió la inclusión social. Luego explicaremos qué parámetros utilizamos para diagnosticar una macroeconomía sólida para enseguida dedicarnos a explicar las causas de este crecimiento. Esto equivaldrá a destacar los fundamentos del modelo en aplicación. Por fin, nos detendremos sobre los obstáculos que se fueron generando, algunos endógenos y otros exógenos, y que deberán ser removidos o superados para que se concrete nuestro pronóstico de un desarrollo sustentable en el futuro, aunque a tasas más moderadas.

## 1. El punto de partida

Entre 1991 y fines de 2001 la Argentina vivió en un régimen de convertibilidad de la moneda nacional con el dólar a una paridad de un peso igual a un dólar, acompaña-

do por la inédita posibilidad de abrir cuentas corrientes en dólares, moneda que pasó a convertirse en un instrumento de pago bancario tan válido como el peso. La paridad fija fue acompañada por la aplicación de la casi totalidad de las recomendaciones del famoso Consenso de Washington. Existió una absoluta libertad en el movimiento de capitales y mercaderías; se privatizaron prácticamente todas las empresas del Estado; se concretó la desregulación de la mayoría de las actividades económicas y se le dio independencia al Banco Central. Este sistema permitió una buena tasa de crecimiento de: + 11% en 1991, +10% en 1992, + 6% en 1993 y + 5,8% en 1994. En 1995 los efectos de la crisis del tequila en México hicieron retroceder el PBI -2,8%, pero el crecimiento siguió con +5,5% en 1996, +8,1% en 1997 y +3,9% en 1998 (Sturzenegger, 2003, pp. 32,33). Afluyeron los capitales del exterior, que se dirigieron al sector financiero, pero también financiaron una buena inversión en infraestructura eléctrica y telefónica y la producción industrial se especializó en algunas ramas que crecieron fuertemente, basándose en un elevado componente importado como fue el caso de la industria automotriz. Entre tanto, gran parte de las empresas manufactureras medianas y pequeñas fueron afectadas por las importaciones cada vez mayores y competitivas, lo que llevó al cierre de miles de establecimientos. El fenómeno se aceleró con la recesión iniciada en el segundo semestre de 1998 como consecuencia de la merma de los ingresos de capitales externos debida a la crisis de la deuda de Rusia, pero ya se ha-

bía hecho sentir desde 1994. Ello se tradujo en un lento pero sostenido incremento de la desocupación que pasó del 6% en 1991 al 13,2% a fines de 1998.<sup>1</sup> La producción agropecuaria conoció una revolución tecnológica, especialmente en el caso de la agricultura, tecnificación que se acompañó con una importante concentración de la propiedad, fruto del abandono por parte de sus propietarios de unas 90.000 explotaciones (INDEC, 2002, Censo agropecuario). La situación del sector se fue tornando cada vez más difícil y en los dos años finales se aceleraron la pérdida de rentabilidad, el endeudamiento y las quiebras, todo ello enmarcado en un estancamiento del interesante incremento de la producción de los años anteriores como producto de importantes inversiones, muchas de ellas provenientes del endeudamiento. Los servicios, tanto los servicios públicos privatizados como los servicios financieros y los comerciales, conocieron una fuerte expansión. Ésta se vio favorecida por la distorsión de precios relativos (Conesa, 2002, p. 93), que la paridad cambiaria fija prohijó al no permitir a los sectores transables, en competencia con el exterior, el traslado a sus precios de venta de los incrementos de costos, impedimento que no existía en el caso de los servicios no transables. Esta situación llevó a que entre 1992 y 1999 la Argentina acumulara un desequilibrio comercial de 22.324 millones de dólares (Todesca, 2006, p. 349). Éste fue potenciado por el saldo negativo de los servicios financieros, los servicios invisibles y el pago de intereses sobre una deuda cada año más importante. Desde la crisis del año 1995, el déficit fiscal interno se hizo crónico con un promedio de 4,1% del PBI anual entre 1991 y 2000 (Tejeiro, 2001, p. 271), por lo que el sistema de la convertibilidad siguió funcionando en base a un endeudamiento externo que proveía al Estado nacional los fondos que no podía recaudar en el mercado interno. A partir de 1998 fue cada vez más difícil renovar los vencimientos de la deuda y, luego de la devaluación de Brasil a principios de 1999, las debilidades del modelo económico en aplicación se hicieron más evidentes con el retroceso de la actividad, lo que provocó durante todo 2001 una fuga de capitales sin precedentes que ace-

leró la recesión. Ésta, si bien fue de 4,5%<sup>2</sup> para todo 2001, se espiralizó en el último trimestre en que la caída alcanzó al 12% del PBI mientras la desocupación que en octubre alcanzaba al 18,5% siguió incrementándose. Los bancos perdieron sus depósitos, tanto en pesos como en dólares. El Banco Central se quedó con reservas mínimas, lo que llevó al default bancario de hecho con el bloqueo de los depósitos tanto en dólares como en pesos, y al “corralito” de principio de diciembre de 2001. Esta medida hirió de muerte a la convertibilidad que sobrevivió ficticiamente hasta el cambio de gobierno y la devaluación de enero de 2002.

## 2. Un crecimiento inesperado

El cambio de gobierno, traumático aunque dentro de los mecanismos previstos por la Constitución, conllevó una reversión de las principales políticas económicas aplicadas hasta entonces. La eliminación de la convertibilidad y la devaluación; la pesificación de todas las deudas nominadas en dólares, con el agregado de su asimetría en el caso de los bancos que se vieron obligados a rescatar sus activos a una paridad uno a uno mientras que sus pasivos en dólares con los ahorristas tenían que pagarlos a 1,40 pesos por dólar, diferencia de la que se hizo posteriormente cargo el Estado; la pesificación de los servicios públicos sin ninguna indexación sobre el nuevo tipo de cambio; el establecimiento de retenciones a las exportaciones de petróleo y de cereales; el default de la deuda pública con excepción de la contraída con los organismos multilaterales de crédito; la instrumentación de los planes jefas y jefes de hogares que definió una contribución universal para todos los padres desocupados con hijos menores de dieciocho años, cambiaron de cuajo el panorama socioeconómico de la Argentina. De una economía basada en las fuerzas del mercado con muy pocas regulaciones públicas, se pasó a un fuerte intervencionismo estatal que diseñó el sendero por el cual circularían las fuerzas del mercado de ahí en más. La situación de fuerza mayor que produjo el derrumbe del ordenamiento económico anterior, justificó la adopción de estas

drásticas medidas que modificaron contratos, haciendo prevalecer el interés general por encima del interés individual, situación de excepción que fue amparada por la Ley de emergencia económica votada por el Parlamento. El cambio de precios relativos a favor de los bienes transables, que fue el resultado concreto de todas estas drásticas medidas, revolucionó las expectativas de los agentes económicos, y, una vez superada la comprensible desorientación y angustia del primer trimestre de 2002 en el que se removieron los restos de la convertibilidad fenecida, se reactivó la producción de bienes. Los servicios demoraron un trimestre más en reaccionar. Luego de una caída de un 16% en el PBI del primer trimestre de 2002, el producto se equilibró en el segundo trimestre para iniciar a partir de julio una sostenida recuperación que prosiguió sin interrupciones durante los veintitrés trimestres y setenta meses que transcurrieron hasta fines de mayo de 2008. Esta recuperación del segundo semestre permitió que en 2002 la baja del PBI remontara la catastrófica cifra del primer trimestre y el año cerrara con una merma del 10,9%. En octubre de 2001 la desocupación había alcanzado el 18,5% de la población económicamente activa y en mayo de 2002 los desocupados llegaban a un triste 21,5%.

El producto bruto interno total (PBI), en valores constantes a precios de 1993, que había conocido cuatro años negativos desde 1999 a 2002 inclusive (-3,4%, -0,8%, -4,4%, -10,9%, respectivamente) conoció una brusca y sostenida recuperación: +8,8% en 2003, +9% en 2004, +9,2% en 2005, +8,5% en 2006 y +8,7% en 2007, o sea, durante cinco años consecutivos y a tasas particularmente elevadas para la historia económica argentina.<sup>3</sup> A fines de 2007 el PBI a precios de 1993 se encontraba en un +52,8% por encima del de 2002, en +36,1% sobre el nivel de 2001 y en +24,7% sobre el de 1998 que era el producto máximo que había alcanzado anteriormente la economía argentina.<sup>4</sup> Estas cifras demuestran que, más allá de una mera recuperación, el país ha conocido primero una reacción desde un piso muy bajo, reacción que, al mantenerse durante cinco años seguidos, se transformó en crecimiento y permitió acumular resultados y aumen-

tar la riqueza nacional hasta un nivel nunca alcanzado. Lo mismo ocurrió en el caso de la renta per cápita en el nivel más modesto, ya que a los +24,7% de la década hay que detraer el aumento de la población del orden del 10,6% a razón de 1,01% anual,<sup>5</sup> lo que reduce la mejora a un 14,1%. Sin embargo, estas cifras más modestas no nos deben hacer olvidar que toda esta ganancia se produjo en los últimos cinco años durante los cuales la renta total se incrementó en 52,8%, mientras que la renta por habitante aumentó un espectacular 47,5%, lo que explica la sensación de mejora económica que siente la gran mayoría de la población a pesar de los problemas que siguen existiendo. Para medir la realidad, con la salvedad del IPC desde 2007, el INDEC es esencial. Se lo puede corroborar con datos de cámaras empresarias y estudios privados. También son fundamentales los informes del BCRA, de la AFIP y de la Aduana.

La producción de bienes lideró la recuperación. En el caso de la producción agropecuaria el cambio de precios relativos repercutió lentamente en una producción de cereales y oleaginosas que ya había alcanzado un buen nivel de 67 millones de toneladas en 2001. La fuerte mejora de la rentabilidad producida por el nuevo valor del dólar, que compensaba ampliamente la implementación de las retenciones, incentivó las inversiones en tecnología a la par que se fue incrementando la superficie de tierra sembrada, especialmente en el caso de la soja. Ya en el año 2004 la cosecha alcanzó los 69 millones de toneladas para saltar de manera espectacular a 84,5 millones de toneladas en 2005. El sostenido incremento de los precios internacionales de los principales cereales ayudó a alcanzar el sorprendente nivel de 93,8 millones de toneladas en 2007,<sup>6</sup> el cual supera en +39,8% el nivel de 2001. En el sector ganadero el incremento de la producción fue mucho menor, del orden de 10%,<sup>7</sup> por la competencia de las oleaginosas que tendieron a expulsar la cría a las zonas marginales y a los problemas de rentabilidad debidos al alto nivel de retenciones a las exportaciones y los acuerdos de precios para el mercado interno que desalentaron la actividad. La producción aviar fue incentivada por políticas favorables al

sector, que creció fuertemente, a tal punto que el consumo de carne de pollo en el año 2007 alcanzó a los 30 kilos por persona acercándose a los 70 kilos de consumo de carne bovina por habitante. Todas las economías regionales se beneficiaron de este proceso de revalorización de las producciones agrícolas, y las ciudades y pueblos del interior así como las fábricas de maquinaria agrícola, se recuperaron a una velocidad sorprendente y no es de extrañar que sea en el interior donde empezó la recuperación y la fuerte disminución de la desocupación.

A partir del segundo semestre de 2002, la industria empezó a sustituir importaciones, fenómeno que se aceleró en 2003. El sector que se había retraído entre 1999 y 2002 en -7,9%, -3,8%, -7,4% y -11% respectivamente, se recuperó en 2003 con un espectacular +16%. Siguió creciendo al +12% en 2004, +7,5% en 2005, +8,9% en 2006 y finalmente +7,1% en 2007, lo que representó en el acumulado de los cinco años un aumento de 62,7% sobre el nivel de actividad industrial de fines de 2002, y un +19% sobre el récord anterior obtenido en 1998.<sup>8</sup> Al principio este proceso de fuerte expansión de la actividad industrial se apoyó sobre la capacidad instalada ociosa, pero a medida que ésta se fue utilizando se la completó con nuevas inversiones que explican que, a pesar del importante incremento del volumen producido por el sector, el nivel de capacidad ocupada en la industria haya permanecido prácticamente constante en los últimos tres años en torno al 74%. Es interesante subrayar que las inversiones de las grandes empresas no se destacaron por su importancia, con la excepción del sector automotor en el que se desarrollaron nuevas plataformas y modelos que aumentaron significativamente los volúmenes de unidades producidas. También en la industria siderúrgica y en la producción de aluminio se incrementaron fuertemente las capacidades instaladas. Al contrario hay que señalar la contundencia del proceso inversor en el sector de las pequeñas y medianas empresas. Éstas vieron recompuestos sus márgenes por el cambio de precios relativos y la posibilidad de sustituir importaciones que sucedió a la devaluación. Esto explica que, prácticamente sin acceso al crédito, se hayan dedicado año

tras año a reinvertir la mayor parte de sus utilidades para incrementar su capacidad de producción y mejorar su productividad. Este proceso siguió en el primer cuatrimestre de 2008 con un incremento del 8,5%<sup>9</sup> de la producción industrial, a pesar de una caída de 10,1% en la industria alimentaria en marzo como consecuencia de los problemas del campo.

Los servicios, en general, reaccionaron más lentamente que la producción de bienes y su incremento en 2003 fue tres veces menor a la de éstos, mientras que ya se situaba en el 65% en 2004 y prácticamente los equiparaba en 2005 y 2006, para superarlos en 2007. En realidad, la persistencia de fuertes resultados negativos del sector financiero en 2003 y 2004 opacó las buenas *performances* de los demás servicios, especialmente la del comercio, tanto mayorista como minorista, y el transporte. Al contrario, la recuperación del sector financiero a partir de 2005 a tasas sorprendentes de cerca de 20% anual en los tres años que van hasta 2008, permitió que los servicios en general tuvieran, en el período de cinco años considerado, un desarrollo de un nivel parecido al de los bienes transables.<sup>10</sup>

El sector de la construcción, que se desbarrancó en los cuatro años recesivos de 1999 a 2002 a razón respectivamente de -7,9%, -9,3%, -11,6% y -33,4%, revivió a partir de 2003 y protagonizó una espectacular resurrección creciendo a ritmos que desafiaban la imaginación más optimista en el inicio del proceso: +34,4% en 2003, +34,4% en 2004, +29,4% en 2005, +20,4% en 2006 y +9,9% en 2007,<sup>11</sup> mientras que el primer cuatrimestre de 2008 mantuvo la tendencia expansiva con +14,2% sobre el mismo período del año anterior.<sup>12</sup> El fuerte aumento se verificó tanto en la construcción de viviendas y galpones industriales de origen privado como en las obras de infraestructura de origen estatal. Es bien conocido el efecto dinamizador de la construcción sobre el conjunto de la economía y particularmente sobre el empleo, y el vigor de su crecimiento no hace más que corroborar las cifras inesperadas a razón de las cuales fue creciendo el PBI argentino a partir de su recuperación en el segundo semestre de 2002.

En cuanto a los servicios industriales como la energía eléctrica, la producción de petróleo y de gas, su evolución acompañó el crecimiento general en los primeros años, pero actualmente se encuentran atrasados en su crecimiento en el caso de la electricidad y han visto decrecer su volumen de producción de manera importante en el caso del petróleo y de manera marginal en el caso del gas. Como tenían una importante capacidad de producción no utilizada en 2002, en los tres casos –la producción excedía la demanda interna y permitía interesantes exportaciones– no se han constituido en freno del crecimiento a pesar de la intensidad de éste. De todas maneras, los tres sectores constituyen un desafío, porque pueden constituir un obstáculo para la expansión futura de la actividad económica si no se adoptan medidas urgentes de inversión.

La generación de energía eléctrica en 2002 utilizaba parcialmente la capacidad instalada, ya que el pico de consumo fue de 14.061 Megawats en febrero de 2001<sup>13</sup> antes del derrumbe de la actividad, mientras que la capacidad de generación teórica era de 23.000 Megawats y la real se encontraba cercana a los 18.000 Megawats (Montamat, 2007, p. 172). La capacidad excedente fue utilizada año tras año hasta llegar a los 17.869 Megawats de abril de 2007. El congelamiento de las tarifas de las generadoras y distribuidoras se empezó a rever en 2003, en que se fueron incrementando progresivamente las tarifas industriales. En el año 2006 se implementó el plan denominado “Energía Plus” que permitía a las generadoras establecer libremente las tarifas del sector industrial cuando la energía utilizada superara la consumida en el año 2005. Esta medida incentivó proyectos de inversión en la generación. En el sector privado, los balances de las compañías fueron castigados por la pesificación pero si bien los resultados nunca volvieron a ser lo que habían sido en la década del noventa, en la mayoría de los casos, las quiebras del año 2003 fueron superadas a partir de 2004 por el mayor consumo, las mayores tarifas del sector industrial y los subsidios del Estado. Las tarifas domiciliarias no fueron reajustadas y llevan más de seis años congeladas. Esta situación

llevó a varios operadores extranjeros a vender su participación a nuevos operadores de origen nacional, los que, al sumarse a las empresas generadoras estatales que manejan las principales centrales hidroeléctricas y las dos centrales nucleares “argentinizaron” la mayor parte de la generación y distribución de energía eléctrica. La velocidad de la recuperación industrial y del consumo domiciliario fue mucho mayor a la del ingreso de nuevos capitales y maduración de proyectos de inversión en la generación, lo que llevó a los problemas que dieron origen a los cortes a las industrias durante el crudo invierno de 2007. El Estado realizó importantes inversiones en la red de distribución construyendo líneas de alta tensión, lo que permitió interconectar a todo el territorio nacional y aprovechar mejor la totalidad de la generación local, pero se tuvo que recurrir a la importación de Brasil para limitar los efectos de los cortes a las grandes industrias. Con dos años de atraso se inauguró parcialmente en marzo de 2008 una de las dos centrales de ciclo combinado fruto de un fideicomiso integrado por fondos adeudados por el Estado a las generadoras y aportes de estas propias generadoras. Estas dos centrales aportarán una potencia de 1.600 Megawats, es decir, incrementarán en casi un 10% la generación local, pero eso será recién en 2009 mientras que sólo aportarán unos 1000 Megawats en 2008, cuando es posible que vuelvan a ocurrir los cortes como en 2007. A partir de 2009, la terminación de estas dos centrales, la efectivización de la elevación de la cota de Yaciretá, la fase final de la construcción de la tercera central nuclear de Atucha II y el ingreso progresivo de los proyectos privados, deberían ir eliminando la diferencia entre la oferta y la demanda. Hay que reconocer que el problema es mundial; Chile sufre problemas similares aunque su mercado eléctrico es totalmente libre y, a pesar de los cortes, la producción industrial creció de manera significativa en 2007, con inteligentes medidas de adaptación por cambios de turnos y recuperación en contratemporada de lo perdido durante el invierno. La generación eléctrica está al límite, pero no será un freno para que prosiga el incremento de la producción a fuertes tasas en los próximos años.

En el caso del gas, la producción está en manos de compañías privadas, la mayoría de ellas importantes operadores internacionales. El consumo aumentó fuertemente (en un 35%) hasta el año 2007. Sin embargo, la producción registró una disminución del 1,4% en 2005 y al repetirse esta merma con poca variación en los dos años siguientes le puso un freno a la demanda, la que fue atendida sólo parcialmente al cortarse la mayor parte de las exportaciones. Esto demuestra que la capacidad de producción alcanzó su techo y las reservas que cubrían treinta y ocho años de producción en 1980 llegan ahora sólo a un nivel de ocho años. En este caso también se mantuvo sin cambiar la tarifa domiciliaria mientras se reajustaban las tarifas industriales, pero muy por debajo del nivel internacional. A fines de 2007 se firmó una resolución que garantiza a las empresas productoras un precio por el millón de BTU similar al que paga el país para la importación desde Bolivia, para todo incremento de producción que consigan para vender al sector industrial. Con este incentivo conocido como Gas Plus es muy probable que se aceleren las tareas de exploración pero en el corto plazo seguirá faltando gas. En 2007 el problema se resolvió como en el caso de la electricidad con cortes a los grandes consumidores industriales y la suspensión temporaria de la venta del gas natural comprimido para los automóviles. En el caso de las industrias que utilizan el gas como materia prima fue imposible recuperar los volúmenes de producción perdidos. Los cortes no fueron mayores porque el Estado subsidió las generadoras eléctricas para que sustituyesen con los muchos más costosos fuel oil o gasoil importados al gas en sus plantas generadoras. En 2008 se prevé que volverán los subsidios para las generadoras mientras que las industrias que utilizan el gas como materia prima serán abastecidas por las importaciones de gas licuado que será regasificado en un barco fábrica apostado en el puerto de Bahía Blanca. Por otra parte, se incrementó la capacidad de transporte del gasoducto del sur y se agregará un segundo gasoducto al actual que une Tierra del Fuego con el continente, lo que permite prever un incremento de la producción que acompañará el

consumo a partir de 2009. Esta mayor producción proveniente de las cuencas australes reemplazará el gas boliviano que se preveía importar a razón de 27 millones de metros cúbicos a partir de 2010. Dada la situación de Bolivia se cree que este volumen estará disponible para la Argentina en varios años más por lo que se suspendió, por ahora, la construcción del gasoducto del norte que debía transportar el fluido hasta los centros industriales argentinos. Con una producción y transporte muy ajustados, el gas que representa el 50% de la matriz energética primaria argentina seguirá siendo la mayor fuente de energía. Las reservas representan hoy apenas ocho años, pero con el plan Gas Plus existen esperanzas de que se intensifique la exploración y, sobre todo, de que aparezcan reservas no declaradas. A pesar de los inconvenientes que se volverán a vivir cada invierno, el gas continuará apoyando el crecimiento nacional.<sup>14</sup>

La producción petrolera, que en 1998 alcanzó los cincuenta millones de metros cúbicos, había descendido a 38,25 millones de metros cúbicos en 2006 en un proceso de reducción anual acumulativo que en 2007 se acercó al 2%. Las exportaciones de nafta se redujeron, pero en 2007 representaron todavía el 20% del consumo local (1,3 millones de metros cúbicos sobre cerca de 6 millones) y, como se tiene que importar fuel oil y gasoil para atender la demanda local, el saldo de la balanza comercial externa de combustibles se redujo en un 17,4% a 4.016 millones de dólares en 2007, frente al máximo de 4.864 millones en 2003.<sup>15</sup> A raíz del fuerte aumento del precio del petróleo en el mundo, las retenciones se incrementaron en 2007 hasta un 45% con una cláusula que fija entre 42 y 45 U\$\$ el precio máximo que pueden cobrar las petroleras para un barril cualquiera fuera el precio internacional (Montamat, 2007, p. 157). Esta medida se basa en el hecho que a estos precios el margen de explotación es interesante pero, lógicamente, mucho menor que en el resto del mundo donde el barril se acercaba a 130 U\$\$ a fines de mayo de 2008. Esta política hace participar al Estado de la renta petrolera y divorcia el precio interno del internacional, lo que tiene un efecto estimulante sobre los costos de los usuarios y favorece

la expansión tanto de la producción agraria como de la industrial, pero también la del consumo particular. El interrogante es que, a estos valores, son pocos los operadores internacionales interesados en invertir en exploración en la Argentina. Existen mecanismos que incentivan la inversión petrolera: el alargamiento de las concesiones que efectúan varias provincias petroleras con compañías instaladas con el compromiso de que inviertan en exploración; los contratos de exploración marítima firmados por ENARSA (la compañía estatal) y varios grandes operadores internacionales; y, por último, el régimen fiscal que da ventajas a la inversión en exploración petrolera que incentivó a varias compañías de menor tamaño pero con experiencia en el sector –tanto nacionales como extranjeras–, para que se presenten a la licitación de nuevas áreas potencialmente petroleras licitadas por las provincias.<sup>16</sup> A fines de mayo se encontraba en estudio el plan Petróleo Plus, destinado a devolver una parte de las retenciones en forma de créditos fiscales a la inversión.<sup>17</sup> Las reservas alcanzan a unos ocho años, pero el conjunto de inversiones en marcha permite prever que, si bien los saldos del comercio exterior de combustibles pueden desaparecer, no se perderá el autoabastecimiento global en este valioso combustible. Por lo tanto, el petróleo tampoco debería ser un freno al crecimiento sostenido de la economía nacional.

En cuanto al resto de las infraestructuras, hay que destacar los progresos en el dragado y balizamiento del canal que llega al puerto de Rosario, que permite el acceso al mismo de buques de mayor calado, con el consecuente abaratamiento de los fletes para los exportadores. El sistema portuario creció y se modernizó, lo que explica que se hayan podido procesar los volúmenes de exportaciones e importaciones que crecen año tras año. En el sistema vial, fueron más las tareas de mantenimiento que las de construcción de nuevos caminos, que también las hubo y las sigue habiendo. Es un sector en el cual es cada vez mayor la exigencia sobre la infraestructura existente, sobre la que será necesario invertir con más intensidad. En el sector ferroviario es muy poco lo que se ha hecho en el sector de cargas

que, contra toda lógica económica, se sitúa muy por detrás del volumen de carga transportada en camiones. En cuanto a los trenes de pasajeros no se ha hecho casi nada; habrá que esperar la concreción de los dos importantes proyectos de electrificación del ferrocarril Roca y San Martín para que la población del conurbano bonaerense deje de viajar en condiciones indignas. En cuanto a los trenes de larga distancia, el primer proyecto importante en marcha es el tren bala a Rosario y Córdoba que de concretarse modernizará una línea importante, pero a un costo que es cuestionado con argumentos difíciles de descartar.

### 3. Un crecimiento con inclusión social

Hay procesos de crecimiento que no incluyen socialmente. El crecimiento logrado en los once años de la convertibilidad es uno de ellos. La desocupación de 6,3% en octubre de 1990 ya era de 12,2% en octubre de 1994, para ascender hasta el 18,4% en mayo de 1995 en el pico de la crisis del Tequila.<sup>18</sup> La recuperación posterior insertó lenta y sólo parcialmente a los nuevos desocupados y los que encontraron trabajo fueron expulsados con la nueva recesión de fines de 1998, cuando los índices de desocupación volvieron a subir hasta alcanzar el 18,3% en octubre de 2001. En este mismo mes el índice de pobreza alcanzaba al 38,3% de la población.<sup>19</sup> Aun con crecimiento, el modelo abandonaba a centenares de miles de ciudadanos a la vera del camino sin ningún tipo de ayuda, y, cuando se consolidó la recesión, los expulsados fueron millones. La devaluación acentuó el problema en el corto plazo, ya que los pobres alcanzaron al 57,5% en octubre de 2002 y los desocupados eran 21,5% en mayo de 2002, pero desde entonces los índices mejoraron fuertemente y sin solución de continuidad. Existen pocos ejemplos en el mundo de una recuperación social tan profunda y sostenida. En el cuarto trimestre de 2006 el índice de desocupación bajó fugazmente a un solo dígito, pero en octubre de 2007 la desocupación se había consolidado en el 7,3%, y había vuelto prácticamente a lo que era en 1990, o sea, casi dieciocho años antes. Se crearon

nada menos que 3,7 millones de puestos de trabajo.<sup>20</sup> Este camino formidable fue recorrido en cinco años. El cambio de precios relativos a favor de los bienes transables permitió que, a la par que crecían los principales sectores de la economía a las tasas que hemos señalado, el índice de ocupación aumentara prácticamente a la par del PBI, con una relación uno a uno que fue disminuyendo lentamente a partir de 2006. Esto permitió que durante el primer trimestre de 2008, ya transcurridos seis años de la debacle de fines de 2001, los puestos de trabajo creados siguieran aumentando en un 6% anual. También los trabajadores informales pasaron de representar el 47% del total al 40,4% en el segundo trimestre de 2007,<sup>21</sup> y este índice ha seguido mejorando desde entonces. De la mano de la masiva inserción social que el trabajo es por excelencia, fue disminuyendo la pobreza y diez millones de personas dejaron de ser pobres a la par que disminuía la indigencia. El último índice de pobreza calculado por el INDEC con la metodología anterior indica que a fines del primer semestre de 2007, el 23,4% de la población todavía se encontraba bajo la línea de pobreza mientras que el 8,2% estaba bajo la línea de la indigencia. Con una nueva metodología el INDEC calculó para el período octubre 2007 a marzo 2008 un índice de 20,6% de pobreza y 5,9% de indigencia. Con la pérdida de credibilidad del IPC del INDEC algunos analistas serios estiman que en 2007 el aumento de la canasta básica superó el incremento del sueldo de los empleados informales y hasta de los formalizados de menor nivel, y pronostican que habría subido la cantidad de pobres, algunos hablan de hasta un 30%. Sin poner en duda la seriedad de sus trabajos, hay que destacar que sólo el INDEC tiene en su encuesta permanente de hogares la posibilidad de relevar un universo suficiente como para dar una cifra suficientemente fundamentada. Por otra parte, si bien la inflación real es superior a la del INDEC, los salarios conocieron en 2007 un fuerte incremento nominal. Para el INDEC este incremento fue del 13% pero para una consultora privada como SEL el aumento real fue menor pero positivo en 4%.<sup>22</sup> Además es difícil que vuelva a aumentar la pobreza en un país

con fuerte creación de empleo, lo que supone que son cada vez más los hogares en donde son varios los sueldos que participan del sostén de sus miembros. La Iglesia nota en mayo un incremento de asistentes a sus comedores comunitarios y no se puede poner en duda su afirmación. Sin embargo, puede existir una disminución de la pobreza asociada a una agravación de la situación de la indigencia conformada esencialmente por el núcleo duro de desocupados. Puede coexistir una disminución de la pobreza en las familias con varios miembros ocupados y un agravamiento del *status* de los indigentes que debe ser corregido urgentemente. De todas maneras, cualquiera sea la cantidad de pobres de las estadísticas es cierto que, como afirma el sociólogo Agustín Salvia, Director del Observatorio de la Deuda Social Argentina del Departamento de Investigación Institucional de la Universidad Católica Argentina: “hay un 30% de nuestra sociedad que vive, estructuralmente, en otro país”.<sup>23</sup> Afirma también que la inflación es un desafío que debe ser atacado. A pesar de estas salvedades se puede considerar que el crecimiento verificado en los últimos seis años ha sido fuertemente inclusivo. Se ha incentivado la cultura del trabajo y mejorado la situación social, aun sabiendo que todavía es mucho lo que se debe hacer, como lo puntualiza Agustín Salvia. Hay que recordar, brevemente, los distintos planes puestos en práctica por el Ministerio de Desarrollo Social que han ido sustituyendo a los planes jefas y jefes de hogar, con cada vez menos beneficiarios, por iniciativas destinadas a la formación de los desempleados y al apoyo de sus proyectos propios con mini créditos y exenciones impositivas por un año (Manos a la Obra, Monotributistas Sociales, Huertas Familiares y Comunitarias, por ejemplo).<sup>24</sup> En la Provincia de Buenos Aires se empezó a atacar el problema con más vigor.<sup>25</sup> Además, aunque parezca extemporáneo, es necesario incluir en este esfuerzo de inserción la nueva ley de educación y el compromiso asumido de llevar progresivamente el presupuesto del sector a un 6% del PBI como otro factor de inclusión social. El mayor presupuesto por sí solo no alcanza, pero el acento puesto en la educación, el sostén que el Estado nacional proporciona a



las provincias completando los sueldos mínimos docentes en las doce provincias más pobres del país, son signos que demuestran la importancia otorgada a la educación y favorecen la progresiva jerarquización de los docentes. Este es un factor indispensable para mejorar el nivel de la educación que es la mejor arma para la inserción laboral y social que se puede dar a las nuevas generaciones. El esfuerzo presupuestario realizado en el CONICET para incentivar a jóvenes investigadores y para la creación de un Ministerio de Ciencia y Tecnología a partir de diciembre de 2007, son otras medidas concretas que señalan una voluntad de iniciar un desarrollo productivo con mayor valor agregado, lo que supone apostar a un crecimiento de mejor calidad que dará mayores oportunidades de inserción laboral al conjunto de la población.

#### 4. Una sólida macroeconomía

El sector externo fue, como en todas las crisis de la historia argentina, el principal desencadenante del derrumbe que se vivió a fines de 2001. La devaluación y la pesificación de todas las deudas y las tarifas internas pactadas en dólares cambiaron de manera drástica los precios relativos a favor de los bienes transables, lo que impulsó las exportaciones y, en un primer momento durante 2002 y parte de 2003 sobre todo, frenó abruptamente las importaciones que se redujeron en un 56%, a solamente 8.473 millones de dólares. Esto se tradujo en un formidable incremento del superávit comercial que saltó hasta 17.178 millones de dólares en 2002 y 16.805 millones de dólares en 2003, cuando las exportaciones crecieron un 17% y las importaciones un más importante 55%, sobre el muy bajo nivel de 8.474 millones de dólares de 2002. Las importaciones se incrementaron fuertemente año tras año al compás de la recuperación, que se transformó en crecimiento de la actividad económica a partir de 2005, hasta alcanzar los 44.780 millones de dólares en 2007, o sea, que conocieron un incremento de +428% sobre 2002, pero de +112% sobre 2001. Las exportaciones, si bien a una tasa menor, siguieron crecien-

do también año tras año y pasaron de los 25.651 millones de dólares de 2002 a los más significativos 55.933 millones de 2007, o sea, un 117% mayor mientras que contra 2001 el aumento fue ligeramente inferior con un +109%. De esta manera, los superávits de la balanza comercial se situaron entre 12.103 millones de dólares en 2004 y 11.152 millones de dólares en 2007 con un total de 79.675 millones de dólares en los seis años revirtiendo de manera dramática el flujo de divisas comerciales que había sido constantemente negativo en la década de los noventa a partir de 1993.<sup>26</sup> La inserción en el mundo se efectuó por intermedio del comercio exterior que pasó de representar en 2001 con 45.700 millones de dólares de transacciones un 15,8% de un PBI de 290.000 millones de dólares, a alcanzar en 2007 un 39% de un PBI de 257.800 millones de dólares con transacciones externas de mercaderías por 100.600 millones de dólares.<sup>27</sup> “Hoy la Argentina tiene una economía mucho más abierta que en cualquier otro momento de la segunda mitad del siglo XX” (Llach y Gerchunoff, 2004, p. 112). Esta política consagró el abandono del enfoque monetario del balance de pagos, una teoría que considera que los desequilibrios comerciales de cualquier signo son automáticamente corregidos por el libre movimiento de capitales (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 355). Se superó, de esta manera, la restricción externa que solía frenar a los pocos meses los procesos de recuperación postdevaluatorios anteriores. Es cierto que el mercado mundial jugó a favor de nuestro país por la solidez del crecimiento mundial que fue impulsado por China y la India, y llevó a revalorizar lentamente desde 2004, y con mayor vigor desde 2007, los *commodities* agrícolas que exporta nuestro país cambiando a nuestro favor los términos del intercambio que jugaron en nuestra contra durante varias décadas.

La recomposición del sector externo se completó con el default de la deuda externa, a excepción de la concertada con los organismos multilaterales de crédito. Así se redujo fuertemente la salida de divisas por intereses y amortizaciones que agobiaban las finanzas públicas y el Banco Central a fines de los noventa y a principios del siglo.

El duro acuerdo obtenido a fines de 2004 con una drástica quita, la pesificación consensuada de un 47% del total de la deuda, un considerable alargamiento de los plazos y una baja significativa de los intereses, así como el pago de la totalidad del pasivo con el FMI de 9.800 millones de dólares efectuada en diciembre de 2005, aliviaron la cuenta corriente del balance de pagos. Ésta, que había sido sistemáticamente negativa en los años noventa y hasta 2001 inclusive, pasó a ser fuertemente positiva desde 2002 hasta 2007, en 39.000 millones de dólares<sup>28</sup> inclusive, lo que permitió la recomposición de las reservas del Banco Central que a fines de abril de 2008 alcanzaban a 50.400 millones de dólares. A primera vista, la deuda total del Estado a fines de 2007 alcanzaba a 144.729 millones de dólares (este monto no incluye a los *holdouts*) y representaba el 56% del PBI, un monto similar al de fines de 2001, cuando era de 144.450 millones de dólares y representaba 54% del PBI.<sup>29</sup> Esta comparación debe tomar en cuenta que casi la mitad de la deuda está nominada en moneda nacional y emitida en su mayoría a plazos muy largos, si bien su indexación por el IPC, indexación que se incorpora al capital y será pagada con éste al vencimiento, impulsa el *stock* de deuda hacia arriba año tras año, pero por un importe mucho menor al incremento del PBI en estos últimos ejercicios. Las tasas de interés sobre la deuda, en dólares también, son mucho menores a las anteriores, aunque el pago del cupón de PBI, un premio previsto para los deudores para incentivar el acuerdo, será costoso hasta tanto se siga manteniendo, como es de esperar, el elevado nivel de crecimiento del producto. Por otra parte, en 2001 la deuda representaba 5,4 veces las exportaciones de un año mientras que en 2007 la deuda externa en dólares superó en sólo 1,5 veces a las exportaciones del año. El único inconveniente en el mediano plazo es la importancia de los vencimientos de los préstamos consolidados, esencialmente, con los bancos nacionales y las AFJP que se concentran en los años 2009, 2010 y 2011 y que recargan las amortizaciones de estos años. Lo más probable es que se negocie una refinanciación voluntaria con los inversores institucionales por lo que la deuda del

Estado no debería volver a ser un factor de desajuste macroeconómico.

El otro gran cambio cualitativo que conoció la macroeconomía argentina fue la obtención de un desahogo fiscal tanto primario como financiero a partir de 2003. Las retenciones a las exportaciones primarias, cuyo valor en pesos se potenció con la devaluación, y el fuerte incremento de la recaudación de los impuestos locales como el IVA, ganancias y el impuesto al cheque que acompañó la recuperación económica, permitieron, junto con una mejora en la recaudación y con un gasto austero en los primeros años, obtener un superávit primario más que significativo medido en el porcentaje del PBI: (+2,31% en 2003, +3,87% en 2004, +3,69% en 2005, +3,54% en 2006 y de 3,2 % en 2007).<sup>30</sup> El superávit financiero que es el que queda una vez pagada la totalidad de los intereses se situó en alrededor del 1% del PBI en estos últimos cinco años, durante los cuales acumuló 43.800 millones de pesos. Si se descuenta el déficit financiero de 2002 de -4549 millones, el acumulado en los seis años desde el arranque de la crisis es de 39.252 millones ahorrados por las cuentas públicas, una situación inédita en la historia argentina.<sup>31</sup> El aumento del empleo, especialmente del empleo formal, incrementó los ingresos del sistema de seguridad social y permitió que el sector se mantuviera en superávit a pesar de la incorporación de 1.300.000 nuevos jubilados, favorecidos por una moratoria especialmente amplia. El gasto público aumentó año tras año a la par de la recaudación y empezó a superarla en 2006 lo que se hizo más notorio en 2007, que fue un año electoral. Desde principios de 2008, el gasto crece menos que la recaudación. El reacomodamiento de los sueldos fue prudente en los tres primeros años en que, tanto para el sector público como para el sector privado, se aplicaron incrementos de una suma fija sobre la totalidad de los mismos. Luego se fue ajustando el sueldo mínimo y se discutieron paritarias por sector, pero los incrementos estuvieron en línea con una inflación de un solo dígito hasta el año 2005 inclusive para la mayoría de los sectores. Hubo excepciones en las industrias más competitivas como la petrolera, la siderúrgica y la automotriz que se

adelantaron en la recomposición de sus salarios. En 2007 se fijó una pauta de un 20% de aumento y en 2008 se piensa repetir una pauta similar. Los aumentos de dos dígitos impactaron en los costos de las empresas y en los precios, lo que espoleó el fenómeno inflacionario que se mantenía en un solo dígito anual a pesar de la importancia de la devaluación, con la única excepción de 2005 en que el IPC aumentó en 12,5%. El tema salarial es uno de los componentes del retorno de la inflación que, veremos más adelante, constituye el lado más vulnerable de una política macroeconómica que por lo demás luce sólida y coherente con los fuertes superávits gemelos interno y externo.

La política monetaria reconquistada como fruto de la pesificación que devolvió al Banco Central su potestad sobre la moneda fue otro de los grandes logros del nuevo esquema diseñado a principios de 2002. En menos de dieciocho meses se habían rescatado todas las *cuasi* monedas provinciales y la autoridad monetaria podía manejarse, como en todo país normal, con la única moneda que administra que es la nacional. Una vez estabilizado el dólar, alrededor de los 3,30 pesos, el Banco Central pudo monetizar la economía al comprar las divisas del excedente comercial. El incremento de precios en 2002, consecuencia de la fuerte devaluación de 330%, debido a los mecanismos compensatorios aplicados, fue en el año de solamente un 40,8% para el IPC, pero de 117,7% para los precios al por mayor. Una vez absorbido este incremento de precios ligado a la devaluación, la emisión del BCRA tuvo a partir de 2003 una repercusión mucho menor en los precios. Esto se debió al incremento de la demanda monetaria en una economía prácticamente sin crédito y que conocía una fuerte recuperación de la actividad. A partir de 2004 las compras de dólares comenzaron a esterilizarse parcialmente mediante la emisión de letras del Banco Central que pagaban una tasa de interés razonable. En 2006 y 2007 el sistema se acentuó y se sigue aplicando a principios de 2008, cuando el BCRA acumuló 50.000 millones de dólares de reserva. Las tasas pagadas permiten al BCRA equilibrar sin problema su balance, ya que los intereses que obtiene de la colocación de sus

reservas superan el monto de los intereses que debe pagar sobre su pasivo en letras. La política monetaria neutra hasta 2006, pasó a ser levemente activa en 2007, en que los agregados monetarios se incrementaron menos que el producto nominal. Esta política se vio facilitada por la mini corrida del tercer trimestre de 2007 en el pico de la crisis financiera internacional en que el BCRA tuvo que vender cerca de 2.000 millones de dólares. También en las mini corridas de abril y mayo de 2008, coletazos de la crisis con el campo, tuvo que desprenderse de unos 2.000 millones de dólares, esterilizando en ambos casos su contrapartida en pesos. Según el plan monetario del BCRA el crecimiento de todos los medios de pago (M2), en 2008, será del 18% y esta ancla monetaria morigerará la inflación. El sistema bancario se depuró en los dos primeros años y a partir de 2004 volvió a crecer y a generar ganancias que se sumaron a las capitalizaciones de los accionistas. Varios bancos extranjeros optaron por retirarse de una plaza que había sido tan conflictiva y vendieron sus entidades a operadores locales, por lo que los bancos propiedad de argentinos adquirieron mayor importancia. Las AFJP perdieron 1.300.000 de afiliados durante el período durante el cual se autorizó la opción por el sistema estatal de reparto, pero ahora por cinco años no se podrá innovar al respecto. Desde enero de 2008 el aporte sobre los sueldos pasó del 7% reducido, al aporte pleno del 11% lo que fortificará el monto de capitales que administran, capitales que son una fuente de recursos valiosos para inversiones financieras o de actividades de producción privada o de infraestructura pública, siempre y cuando las reglas de juego estén claramente planteadas para que estos organismos que deben velar sobre los ahorros de los futuros jubilados puedan involucrarse.

El PBI siguió creciendo a una tasa de 8,7% en el primer trimestre de 2008. El consumo interno que se sumó al aumento de las exportaciones, fue el gran protagonista de los últimos cinco años.

La inversión, variable clave ya que determina la sustentabilidad del crecimiento en el mediano y largo plazo, se recuperó de manera sorprendente. Luego de su derrumbe

entre 1999 y 2002 en -12,6%, -6,8%, -15,2% y el estrepitoso -36,2% de 2002, se recuperó entre 2003 y 2007 a tasas de dos dígitos a razón de +38,2%, +34,4%, +22,7%, +18,2% y +13% en 2007.<sup>32</sup> El esfuerzo ha sido importante y permitió revertir la descapitalización de los años anteriores. En 2007 la inversión bruta fija llegó al 22,5% del PBI, lo que es una buena cifra, sobre todo si se toma en cuenta que la construcción que fue preponderante en los primeros años creció más lentamente que la inversión en maquinaria. Esto explica que la capacidad utilizada de la industria informada por el INDEC haya oscilado alrededor del 74% tanto en 2006 como en 2007, a pesar del crecimiento de la producción, lo que confirma que hubo importantes inversiones en maquinarias. En el primer trimestre de 2008 la inversión siguió creciendo y alcanzó el 23,5% del PBI.<sup>33</sup> Sin embargo, la inversión parece no ser suficiente para el nivel de consumo y en su insuficiencia podría radicar otra de las razones del fenómeno inflacionario que plantea un serio desafío para el futuro.

## 5. Los fundamentos del modelo

El principal pilar sobre el que se apoya el actual modelo, es el tipo de cambio competitivo. Después de la década de los noventa, en que un tipo de cambio sobrevaluado terminó en un desastre, era lógico que la situación se corrigiera. Esto supuso pasar de un “modelo abierto de afuera hacia adentro” a un “modelo abierto desde dentro hacia fuera” (Curia, 2005, p. 25). Los precios relativos surgidos de la devaluación favorecieron a los bienes transables, lo que produjo un proceso de sustitución de importaciones al principio y luego un incremento de las exportaciones. El sector dinámico de la economía dejó de ser el sector de servicios, como en la década del noventa, y pasó a ser el sector de transables, que arrastraron a los servicios tanto comerciales como financieros. La rentabilidad en pesos de los transables permitió la implementación de las retenciones a las exportaciones de los bienes primarios que amortiguaron el efecto de la inflación y potenciaron los ingresos fiscales. También le dieron oxígeno a los productos

industriales que disfrutando de un tipo de cambio pleno para sus exportaciones pudieron salir a conquistar nuevos mercados en el exterior. La ventaja cambiaría dada a los bienes manufacturados tomó en cuenta el diagnóstico que ya en los años setenta realizó Marcelo Diamand sobre las estructuras productivas desequilibradas (1973, p. 47). Esta teoría parte de la base de que cuando un sector es mucho más productivo, como es el caso de la producción agropecuaria argentina por distintos motivos, el tipo de cambio se fija al nivel de rentabilidad de este sector, lo que acarrea graves problemas de supervivencia para los otros sectores productivos en competencia con el exterior y menos eficientes, esencialmente, los manufactureros. El sistema de las retenciones permite solucionar este desequilibrio y potencia las exportaciones totales al permitir que el sector industrial conquiste mercados externos al lado de los productos del campo. Menos rentable que en 2002, el tipo de cambio multilateral continuaba siendo competitivo a principios de junio de 2008 al escribir este trabajo.

El tipo de cambio competitivo da vida a los otros dos pilares del modelo en aplicación que son los superávits gemelos: el superávit de la balanza comercial y de la cuenta corriente con el exterior, base de la recomposición de las reservas del Banco Central; y el superávit fiscal interno que permite atender los intereses de la deuda, amortizar cada año parte del capital y mantener un fondo de reserva para contingencias. Por supuesto, el aporte de las retenciones complementa el esfuerzo fiscal que se vio favorecido por la profesionalización de la AFIP y el repunte económico que potenció la recaudación del IVA y del impuesto a las ganancias, así como el aumento del empleo infló los ingresos de la ANSES. Se suele criticar la concentración de los recursos fiscales en manos del Estado nacional como consecuencia de la coparticipación parcial del impuesto a las transacciones bancarias y la no coparticipación de las retenciones que son un impuesto sobre el comercio exterior. Como resultado de esta situación las provincias reciben aproximadamente un 30% de la recaudación total. No se toma suficientemente en cuenta que es el Estado nacional el que paga los inte-

reses y amortizaciones de la deuda externa además de todas sus obligaciones en sectores como defensa, seguridad, salud, educación, seguridad social e inversión pública que involucran en una porción no despreciable a las provincias. Por otra parte, el crecimiento económico ha actuado benéficamente sobre las cuentas fiscales provinciales que, además de recaudar más en su territorio, han recibido sumas cada vez mayores por las transferencias automáticas previstas por la ley de coparticipación federal. Las transferencias automáticas a provincias crecieron constantemente desde 2003 pasando de 19.000 millones a 57.500 millones en 2007, es decir que se triplicaron.<sup>34</sup> En 2008 se prevé un superávit fiscal de 4% del PBI y un superávit de la cuenta corriente del orden de 1,5% del mismo PBI.

Otro de los sustentos es la política monetaria que manejada con profesionalismo por el Banco Central, permitió dotar a la economía de la liquidez necesaria para acompañar el fuerte crecimiento de la actividad. Sobre todo jugó un rol determinante en el mantenimiento de un tipo de cambio competitivo en los momentos en que el exceso de ingreso de divisas por todo concepto tendía a deprimir el tipo de cambio. La compra por el BCRA de los excedentes y su esterilización cuando se corre el riesgo de exagerar la liquidez del sistema financiero permitió que el tipo de cambio haya perdido poco de su capacidad competitiva. Es cierto que esta política fue muy favorecida por la devaluación del dólar frente a las otras monedas del mundo, que ayudó a que el tipo de cambio multilateral resultara competitivo para la Argentina aun cuando se hayan mantenido con muy pocas modificaciones el valor nominal del tipo de cambio entre el peso y el dólar cuando la inflación mayorista en nuestro país es mucho mayor que la de Estados Unidos.

## 6. Los desafíos a superar

El primer desafío a superar es el del proceso inflacionario. La pérdida de credibilidad del INDEC a partir de 2007 complicó el problema porque los índices privados sustitutos dan resultados dispares y ninguno

cuenta con las herramientas necesarias para efectuar un relevamiento tan amplio como el del organismo estatal. Es urgente solucionar este problema y es de esperar que el nuevo índice se aplique con la mayor transparencia. La inflación mayorista del INDEC de 2007, índice mucho más confiable que el IPC, que da una cifra de 14,3%, permite acercarse a la realidad. Otros economistas la sitúan en el 20% anual a fines de 2007 (Tiscornia, 2007, p. 66). Sea lo que fuere, se encuentra en un nivel elevado para un modelo de tipo de cambio competitivo. Sus principales causas son de tres tipos: i) los aumentos de costos por ajustes de precios relativos posteriores a la devaluación entre los cuales juegan un papel importante los aumentos de sueldos; ii) la inflación externa particularmente presente en el caso de los alimentos; iii) el desajuste entre la oferta y la demanda en varios sectores producido por un aumento del nivel de consumo por encima del de la inversión. Es necesario moderar el ritmo de los aumentos de salarios en función de una inflación esperada menor a la del año anterior. En 2008 la política salarial está decidida, pero es importante determinar el nivel de inflación previsto para 2009 para poder aplicar esta política salarial el año que viene. Para la inflación externa el sistema de retenciones tiene su límite y será necesario encontrar un mecanismo para acordar con los productores una libre exportación de los saldos con un fluido abastecimiento del mercado interno a precios compatibles con la nueva política salarial. Un mecanismo de subsidios cruzados, o desgravaciones menos engorrosas puede ser la solución, pero para esto hace falta restablecer la confianza entre los productores y el gobierno. Para superar el desajuste entre la oferta y la demanda la prudencia en la política salarial debería ayudar, así como una evolución más moderada del gasto público. Para eso habrá que ir desarmando de a poco la maraña de subsidios al transporte en general y a la producción de electricidad. Eso supone una actualización progresiva de las tarifas sobre todo en los consumos domiciliarios, manteniendo una red de contención con una tarifa social para los sectores de menor consumo. A corto plazo, el índice estará espoleado por las nuevas

tarifas pero el presupuesto nacional se verá aliviado y parte del poder de consumo se dirigirá hacia sectores que necesitan invertir en vez de recalentar el consumo.<sup>35</sup>

El otro desafío importante es el de la inversión en infraestructura. Hemos visto que se han tomado medidas para impulsar la inversión privada mediante los planes de fuertes incrementos tarifarios a industrias para los excedentes de producción en gas y electricidad así como ventajas impositivas importantes para la exploración y producción de petróleo. También el Estado tiene inversiones previstas en el transporte de gas y de electricidad y en la generación eléctrica. Pero es necesario elaborar un plan de infraestructura que involucre también al sector vial y ferroviario y que explicita las inversiones a mediano y largo plazo, tanto las correspondientes al Estado como las del sector privado, lo que probablemente llevará a definir un modelo contractual para incentivar la inversión privada. Asimismo, se deberá explicitar las políticas agro-ganaderas e industriales de mediano y largo plazo, calcular su costo y definir el tipo de impuesto con el que serán estimuladas, así como cuál debe ser la conformación de los organismos del Estado que deberán controlar estas políticas.

## 7. Las perspectivas

Hasta ahora la situación institucional de democracia electoral con un funcionamiento imperfecto no afectó el auge económico, lo que no es contradictorio ni paradójico tomando en cuenta los antecedentes de la historia argentina. Además, las inversiones se dirigen hacia donde hay rentabilidad, y desde 2002 las nuevas condiciones macroeconómicas han sido particularmente favorables para las inversiones de las empresas locales. Los capitales externos fueron los más afectados por la sacudida de 2002 y esto explicaría por qué, a pesar de las fuertes utilidades que remesan año tras año, han sido muy prudentes en sus inversiones. Lo que sí se debe destacar es que después de seis años de expectativas muy favorables el país ha entrado en un momento en que se crispó una parte importante de la socie-

dad. El detonante de esta crispación fue la resolución, a principios de marzo, de incrementar las retenciones a las exportaciones de granos y darles movilidad. El sector se unificó detrás de los cuatro representantes de sus organizaciones y reclamó la anulación de la medida y la discusión de una política agrícola ganadera global. Toda la oposición hizo suya la causa del campo y contribuyó a politizar el reclamo que a principios de junio ya cumple tres meses. Ya se notan efectos económicos adversos, como el fuerte incremento de la tasa de interés para frenar la mini corrida cambiaria de mayo. Si el problema persiste, puede afectar el consumo, frenar inversiones y desacelerar la economía. Por otra parte, es cierto que la tasa de crecimiento tiende a amoldarse a la evolución de los factores de producción que son el trabajo y el capital. Hay muchos menos desocupados y, a partir de 2009, el crecimiento dependerá cada vez más del aumento de la productividad, la cual depende de la inversión. Es previsible que lentamente el crecimiento se desacelere hasta nivelarse en tasas situada entre el 5% y el 6% anual, a menos que se incremente la inversión estimulada por un blanqueo de capitales argentinos en el exterior, del que se ha hablado extraoficialmente. A principios de junio, y todo permite pensar que esto durará, existe un problema político serio, ya que un sector de la clase media enfrenta el estilo del gobierno y algunas de sus políticas y se trata del sector que tiene más capacidad de invertir. Es cierto que, más allá del malestar generalizado que aglutina la opinión de las clases medias, existen divergencias sobre cómo solucionar los problemas sectoriales a pesar de un común rechazo a varias políticas del gobierno que suelen ser caricaturizadas o por lo menos no analizadas con suficiente detenimiento. Todo esto puede solucionarse con el diálogo, y lo más probable es que después de un período de elevada confrontación política se fortifique la dimensión republicana de la democracia vigente. Por otra parte, la situación global sigue siendo favorable para la Argentina. Es por esto que se puede pensar que después de un período de acomodamiento político, mejoren las condiciones para que prosiga en el mediano plazo el proceso de desarrollo sustentable en marcha.

## Referencias bibliográficas

- Conesa, E. (2002), *Macroeconomía y Política Macroeconómica*, Ediciones Macchi Buenos Aires.
- Curia, E. (2005), *Macroeconomía del desarrollo*, Ediciones Realidad Argentina, Buenos Aires.
- Diamand, M. (1973), *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*, Paidós, Buenos Aires.
- Llach, L. y Gerchunoff, P. (1998), *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Espasa Calpe - Ariel, Buenos Aires.
- INDEC (2002), Censo agropecuario.
- Llach, L. y Gerchunoff, P. (2004), *Entre la equidad y el crecimiento*, Siglo veintiuno editores Argentina, Buenos Aires.
- Montamat, D. (2007), *La energía argentina*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
- Sturzenegger, F. (2003), *La economía de los argentinos*, Grupo Editorial Planeta Argentina, Buenos Aires.
- Teijeiro, M. (2001), “Una vez más la política fiscal” en Lascano, M. (comp.), *La economía argentina hoy*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
- Tiscornia, C. (2007), “Inflación y pacto social”, *Cultura Económica*, Año XXV, n° 70, Diciembre 2007.
- Todesca, J. (2006), *El mito del país rico*, Emecé Editores, Buenos Aires.
- <sup>5</sup> MINISTERIO DEL INTERIOR, Situación general de la población argentina, Censo 2001.
- <sup>6</sup> FIDE, Coyuntura y desarrollo, n° 316, p. 29.
- <sup>7</sup> FIDE, Coyuntura y desarrollo, n° 316, p. 29.
- <sup>8</sup> FIDE, Coyuntura y desarrollo, n° 316, p. 16.
- <sup>9</sup> El Economista, 23/5/2008, p. 4.
- <sup>10</sup> FIDE, op, cit.
- <sup>11</sup> FIDE, op, cit.
- <sup>12</sup> El Cronista, 28/5/2008, p. 10.
- <sup>13</sup> El Cronista, 7/5/2007, p. 16.
- <sup>14</sup> Ver El Cronista, 23/10/2007, Informe Especial, Petróleo y Gas, pag. I y II.
- <sup>15</sup> FIDE, Informe económico, n° 202, p. 55.
- <sup>16</sup> El Cronista, 15/5/2008, p. 9.
- <sup>17</sup> El Cronista, 19/5/2008, p. 10.
- <sup>18</sup> FIDE, Coyuntura y desarrollo, n° 270, p. 37.
- <sup>19</sup> MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL: Pobreza e indigencia: de donde venimos y dónde estamos, 1 de Mayo de 2008: <http://www.desarrollosocial.gov.ar/notas/nota.3.asp>, 1/5/2008.
- <sup>20</sup> El Economista, 25/4/2008, p. 7.
- <sup>21</sup> FIDE, Coyuntura y desarrollo, n° 316, p. 20.
- <sup>22</sup> El Economista, 26/4/2008, p. 7.
- <sup>23</sup> La Nación, Economía y Negocios, p. 2, 12/5/2008.
- <sup>24</sup> Ministerio de Desarrollo Social: Rendir cuentas es ética práctica: <http://www.desarrollosocial.gov.ar/notas/10.asp>, 1/5/2008.
- <sup>25</sup> Debate, N° 268, 3/5/2008: Reportaje a Daniel Arroyo ministro de Desarrollo Social de la Pcia. de Buenos Aires: El conflicto se desplazó de la pobreza a la desigualdad, pag. 20 y subsiguientes.
- <sup>26</sup> FIDE, Informe económico, n° 202, p. 54.
- <sup>27</sup> FIDE, Informe económico, n° 202, p. 27, para el PBI nominal en pesos.
- <sup>28</sup> FIDE, Informe económico, n° 202, p. 57.
- <sup>29</sup> Argañaraz, N., La Nación, 20/4/2008, suplemento económico, p. 8.
- <sup>30</sup> La Nación, 28/10/2007, p. 11.
- <sup>31</sup> FIDE, Informe económico, n° 202, p. 43.
- <sup>32</sup> FIDE, Coyuntura y Desarrollo, n° 316, p. 22.
- <sup>33</sup> El Economista, 2/5/2008, p. 4.
- <sup>34</sup> Argañaraz, N., El Cronista, 21/4/2008, p. 17.
- <sup>35</sup> Frenkel, R. La Nación, Economía y Negocios, p. 8.

<sup>1</sup> FIDE, Coyuntura y Desarrollo, n° 270, p. 37.

<sup>2</sup> FIDE, Informe económico mensual, n° 166, p. 28.

<sup>3</sup> FIDE, Coyuntura y desarrollo, n° 316, p. 16.

<sup>4</sup> FIDE, Informe económico, n° 202, p. 28.